

¿Por qué George H. W. Bush aceptó una solución negociada al conflicto salvadoreño?

Rafael Romero,

Investigador académico y máster en Relaciones Internacionales de la Universidad Curtin, Australia.



Palabras claves:

guerra civil salvadoreña, política exterior de Estados Unidos, George H. W. Bush, OTAN, Pacto de Varsovia.

Resumen

En este artículo se demostrará que al menos cuatro factores influyeron en George Herbert Walker Bush para aceptar una solución negociada al conflicto interno que devino en la guerra civil de El Salvador. En primer lugar, la ofensiva del Frente Farabundo Martí para la Liberación Nacional (FMLN) del 11 de noviembre de 1989 demostró que no era posible una victoria militar de parte de ningún bando. En segundo lugar, el asesinato de los sacerdotes jesuitas, de una de sus empleadas y de su hija, el 16 de noviembre de 1989, demostró que la Fuerza Armada de El Salvador (FAES) no había cambiado su naturaleza criminal. En tercer lugar, la derrota electoral del Frente Sandinista de Liberación Nacional (FSLN) en Nicaragua, el 25 de febrero de 1990, implicaba en la óptica de Estados Unidos que no habría más expansión comunista en la región. Por último, el colapso del bloque soviético, el 26 de diciembre de 1991, hizo pensar a Bush que la insurgencia salvadoreña se debilitaría mortalmente. Por lo tanto, la salida más pragmática era una solución negociada, sin que ello implicara ninguna amenaza seria a la hegemonía de Estados Unidos sobre El Salvador.

Introducción

Para entender mejor por qué George H. W. Bush aceptó una solución negociada a las belicosidades internas en El Salvador es pertinente conocer, como mínimo, algunos antecedentes básicos sobre su historial. George H. W. Bush y sus parientes no solo forman parte de las familias más acaudaladas de Estados Unidos, sino que, al igual que la familia Kennedy, también han sido parte de los clanes de la política estadounidense. George H. W. Bush fue presidente del país norteamericano del 20 de enero de 1989 al 20 de enero de 1993. También fue vicepresidente de 1981 a 1989 (durante las dos administraciones de Ronald Reagan). Además, fue embajador de su país ante la Organización de las Naciones Unidas (ONU), miembro del Congreso de Estados Unidos y director de la Agencia Central de Inteligencia (CIA). Por lo tanto, fue diestro en los siniestros menesteres de la CIA, agencia de espionaje que responde por innumerables acciones "encubiertas" en contra de países que rehúsan avasallarse a los dictados de los Estados Unidos.

Su hijo George W. Bush fue presidente del mismo país durante dos períodos consecutivos (del 20 de enero de 2001 al 20 de enero de 2009). De acuerdo con algunos medios de prensa, su reelección fue un insólito fraude electoral en la historia política de Estados Unidos. Durante su administración, George H. W. Bush (padre) desarrolló una obsesión contra Irak y siempre argumentó que lo que lo motivaba a querer derrocar a Saddam Hussein (presidente de Irak) no era el abundante petróleo de ese país, sino promover la democracia en él. Durante la primera administración presidencial de su hijo George W. Bush, Irak fue invadido por Estados Unidos. Más adelante, George H. W. Bush (padre), que actualmente tiene 94 años, publicó unas memorias en las que afirma que jamás habría permitido que Saddam Hussein controlara tanto petróleo en el mundo. Bush hizo su fortuna con petróleo propio y con petróleo ajeno. El otro hijo de George H. W. Bush,

John Ellis "Jeb" Bush, fue gobernador de Florida de 1999 a 2007 y un contendiente fallido como candidato presidencial.

George H. W. Bush, al igual que sus predecesores, siempre argumentó que la efervescencia social en El Salvador había sido exportada por el comunismo internacional. En su opinión, el solo hecho de que en El Salvador se celebraran elecciones "populares" era un fuerte indicador de que en ese país había democracia. Bush ocultaba deliberadamente los consecutivos fraudes electorales y los tradicionales golpes militares que perpetuaba la dictadura militar con la venia de Washington. En realidad, eso era una dictadura militar presentada como democracia y con el maquillaje de elecciones "populares". Ante esa frustración popular y como única alternativa contra la "democra-dura" de los militares, la oposición armada lanzó su primera ofensiva militar en enero de 1981. Los resultados no fueron del todo favorables para los alzados en armas. Dado que las condiciones habían empeorado bajo esa "democra-dura" militar, los insurgentes lanzaron su segunda ofensiva guerrillera en noviembre de 1989 y demostraron que militarmente no podrían ser derrotados.

La "democra-dura" militar, por su parte, respondió no solo con bombardeos en áreas civiles, sino que también optó por asesinar a algunos sacerdotes jesuitas. Esas víctimas, aparte de su ministerio sacerdotal, eran cate-dráticos en la Universidad Centroamericana "José Simeón Cañas", más conocida como UCA. La opinión de los asesinos intelectuales era que esos sacerdotes eran el "cerebro de la subversión" en El Salvador. Ese magnicidio le demostró a George H. W. Bush que el estamento militar seguía siendo el verdadero enemigo público número uno. La derrota electoral del FSLN en Nicaragua le agregó más dudas a George H. W. Bush sobre si valía la pena continuar vertiendo más ayuda militar en ese barril sin fondo allá en El Salvador. Para Bush, la victoria electoral de su candidata presidencial en Nicaragua, Violeta Barrios de Chamorro, equivalía a no

más apoyo a la subversión comunista en El Salvador. Por tanto, la subversión, tal como una planta sin agua, se secaría por ley natural. Entonces, ¿por qué no negociar sabiendo que la hegemonía de Estados Unidos sobre El Salvador no se vería seriamente amenazada? George H. W. Bush estaba desesperado por concentrar sus esfuerzos de relaciones internacionales en Europa, no en Centroamérica.

Otro factor relevante para entender la política exterior de Estados Unidos durante la administración de Bush fue el colapso de la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas (URSS). El bloque soviético se desintegró oficialmente el 26 de diciembre de 1991. Eso sucedió durante la administración de Bush (padre). Si bien es cierto que ese colapso no estuvo bajo el control de Estados Unidos, también es cierto que el desmantelamiento de la Organización del Tratado del Atlántico del Norte (OTAN) sí estuvo bajo el control de Washington. La OTAN fue creada por Estados Unidos en Europa en 1949. De acuerdo con sus progenitores, esa alianza militar entre estadounidenses y varios países europeos tenía como objetivo fundamental contrarrestar cualquier amenaza militar de parte del bloque soviético. Por su parte, el bloque soviético no respondió inmediatamente a la amenaza que la OTAN representaba. Mientras tanto, la OTAN continuó aumentando el número de sus miembros, así como sus capacidades militares, cuantitativa y cualitativamente. Fue hasta 1955 cuando el bloque soviético decidió responder con una alianza militar similar para contrarrestar cualquier amenaza de la OTAN. Esa alianza se llamó Pacto de Varsovia y dejó de existir con el desmantelamiento del bloque soviético, en 1991.

El colapso de la URSS dejó huérfana de justificación la existencia de la OTAN. Sin embargo, Bush, en vez de desmantelarla, le incorporó más países miembros, a la vez que aumentó su capacidad militar ofensiva. Este hecho confirma lo que argumenta la teoría de relaciones internacionales conocida como "realismo ofensivo": la ambición de poder de

los países imperialistas no se limita a asegurar su seguridad nacional, sino a conquistar cuanta hegemonía puedan lograr. En las relaciones internacionales, nunca se da una cuota de ganancia de poder absoluto si otros Estados no la han perdido. En palabras más sencillas, la cuota de poder que un rival pierde es la ganancia de su contraparte. El colapso de la URSS influyó enormemente en la política exterior de Bush hacia sus vecinos del sur, en particular hacia El Salvador. Un refrán que supuestamente aplica a las relaciones internacionales dice: "Muerto el perro, se acabó la rabia". Error garrafal.

Por su parte, Bush consideró que, gracias al autodesmantelamiento del "Imperio del mal" (la URSS, en la óptica de Estados Unidos), ahora sí podía aceptar una solución negociada en El Salvador, uno de los tantos países subyugados en su autoagenciado "patio trasero". En su manera de pensar, los comunistas salvadoreños se verían debilitados sustancialmente y ya no representarían una amenaza seria para la hegemonía de Estados Unidos, al sur del río Bravo. La ofensiva "Hasta el tope", del FMLN, el asesinato de los jesuitas, la derrota electoral de los sandinistas en Nicaragua y el colapso del bloque soviético influenciaron de manera decisiva en George H. W. Bush para que aceptara una solución negociada en cuanto al derramamiento de sangre en El Salvador. Bush quería concentrarse en Europa.

La ofensiva "Hasta el tope", del FMLN

El FMLN fue la oposición armada que se conformó por cinco organizaciones guerrilleras. Estas organizaciones fueron las Fuerzas Populares de Liberación (FPL), el Ejército Revolucionario del Pueblo (ERP), las Fuerzas Armadas de la Resistencia Nacional (FARN), las Fuerzas Armadas de Liberación (FAL) y el Partido Revolucionario de los Trabajadores Centroamericanos (PRTC). El surgimiento de esas organizaciones guerrilleras se debió al resultado de bastantes décadas de frustración "democrática". Por ejemplo, censura de

prensa, fraudes electorales, golpes militares, pobreza crónica y sistemáticas violaciones a los derechos humanos. Consecutivas constituciones políticas de El Salvador estipulan que la Fuerza Armada (FAES) debe obedecer la ley, no es deliberativa (que no cuestiona el poder emanado del pueblo en elecciones libres) y es apolítica (que no se alinea con ningún partido político). La realidad demostró todo lo contrario. Después de la clase económica dominante, la FAES se convirtió en el principal actor oficial en la política de El Salvador, aunque ambos tenían la venia de Washington.

Los gobiernos militares se volvieron comunes por la vía de los golpes de Estado y por la vía de los fraudes electorales. El general Fidel Torres, exministro de la Defensa durante la administración del general Fidel Sánchez Hernández (quien también llegó a la presidencia por la vía del fraude electoral), agrega en su libro de memorias otra forma de imponer el militarismo sobre la voluntad popular: “*Golpes de palacio*’ [cuando los militares se reunían en sus cuarteles para decidir reemplazar al presidente de turno por otro militar del mismo calibre, pero sin disparar un solo tiro]” (Torres, 2007, pp. 95-96 y 135). Además, el general Torres afirma que él le sugirió al general Sánchez Hernández que permitiera al menos una elección libre. Sánchez Hernández le respondió: “No, porque pueden ganar los ‘pescados’” (en clara alusión al Partido Demócrata Cristiano, PDC) (Torres, 2007, pp. 131-132). Tómese en cuenta que la dirigencia de ese partido político siempre fue tan anticomunista como la FAES.

El coronel Mariano Castro Morán también usa la frase “golpes de palacio” y se refiere en particular a uno de tantos: al del 21 de octubre de 1944, contra el general Andrés Ignacio Menéndez, quien fue reemplazado por el coronel Osmin Aguirre y Salinas (uno de los protegidos del general Maximiliano Hernández Martínez) (Castro Morán, 1983, pp. 192-197). Los fraudes electorales fueron otra forma común de negar al pueblo el derecho constitucional de autogobernarse y

de elegir libremente a los candidatos de su preferencia. Otro caso ilustrativo lo presenta el capitán Ernesto Mena Sandoval, que en su libro de memorias narra cómo se llevó a cabo el fraude electoral que le agenció la presidencia al coronel Arturo Armando Molina, en 1972. Él ha tenido la valentía de reconocer que él personalmente ayudó a llenar urnas con votos a favor del coronel Molina (Mena Sandoval, 1990, pp. 85-99). El arrepentimiento de ese inusual capitán quedó demostrado cuando él y unos pocos compañeros de armas se unieron a la lucha popular liderada por el FMLN al haberse insurreccionado en el cuartel de Santa Ana. Con evidencias de ese tipo, no es difícil entender el porqué de los calibres populares como última opción liberadora. No fue el comunismo internacional el que exportó el descontento popular hacia El Salvador. Ese descontento nació y se fertilizó con la sistemática negación de parte de los militares, de sus jefes oligarcas y del visto bueno de Washington para que el pueblo salvadoreño no fuera gobernado por la voluntad del mismo pueblo.

Además, Murat Williams, exembajador de Estados Unidos en El Salvador (de 1961 a 1964) durante las administraciones de John F. Kennedy y de Lyndon B. Johnson, internamente informó a sus jefes en la Casa Blanca sobre la oscuridad democrática que se vivía en El Salvador desde hacía mucho tiempo (Benz, 1981 y Cockcroft, 2001, p. 183). Irónicamente, un documento que ahora está desclasificado demuestra que Murat Williams firmó el 17 de noviembre de 1962 un acuerdo con la dictadura militar de El Salvador para extender la vigencia de una “misión militar de Estados Unidos en El Salvador” que había iniciado secretamente en 1954, durante la dictadura del coronel Óscar Osorio, quien también había llegado al poder por la vía del golpe militar —el 14 de diciembre de 1948— contra el general Salvador Castaneda Castro. Lo curioso es que, en 1980, cuando este exembajador ya había coronado su carrera diplomática y no tenía más ambiciones personales en ese aspecto, reconoció más

abiertamente que el problema en El Salvador no era el comunismo, sino las obsoletas estructuras de poder, y afirmó que en ese país “la izquierda heterogénea debe constituir el 80 % de la población salvadoreña” (Cockcroft, 1996, p. 183).

En consonancia con ese exembajador de Estados Unidos en El Salvador, Robert E. White, (embajador estadounidense en El Salvador del 11 de marzo de 1980 al 1 de febrero de 1981, durante la administración de Jimmy Carter), otro de sus colegas, afirmó lo mismo. Para Robert E. White, el problema en El Salvador tampoco era el comunismo, sino las obsoletas estructuras de poder. Ahí había elecciones, pero la FAES era el actor principal en la política de ese país, ya que se agenciaba el derecho de decidir quién ocuparía la Casa Presidencial; además, era el poder detrás de los Escuadrones de la Muerte (Bonner, 15 de abril de 2016 y Cockcroft, 2001, p. 206). También es curioso el hecho de que el señor White, durante su período como embajador de Estados Unidos en El Salvador, nunca dijo públicamente que el pueblo salvadoreño tuviera derecho a la insurrección. White siempre mantuvo en público que la vía de las armas populares no era el camino correcto, sino que lo era la vía democrática patrocinada por su Gobierno. Sin embargo, lo que en realidad había era una simbiosis mutualista estratégica. En otras palabras, el apoyo incondicional de la Casa Blanca al Gobierno de El Salvador (GOES) y a la FAES garantizaba la continuidad de los intereses geopolíticos de Washington en El Salvador y, al mismo tiempo, esa ayuda garantizaba la existencia del sistema salvadoreño. Los militares salvadoreños sabían que Washington siempre preferiría una dictadura militar de derecha —por criminal que fuera— antes que un Gobierno de izquierda. Esa era una luz verde que los militares salvadoreños tenían para continuar con sus crímenes.

Desde la mal llamada “independencia” y de acuerdo con la versión oficial, en El Salvador ha habido no solo independencia,

sino también libertad y democracia. Sin embargo, durante casi dos siglos después de esa supuesta gloriosa fecha (15 de septiembre de 1821), los militares salvadoreños han ocupado la Casa Presidencial 37 veces. Unas veces lo han hecho por la vía del fraude electoral y otras, por la vía del golpe militar (Romero, 2014, p. 309). Si esa parte de la historia política de El Salvador, en vez de haber sido ocultada oficialmente, se hubiera enseñado en los centros educativos, es casi seguro que la cultura política de la ciudadanía habría sido diferente y posiblemente se habrían evitado tantos derramamientos de sangre. Treinta y siete gobiernos militares no es una coincidencia. Sin embargo, de acuerdo con el exgeneral Ernesto “el Chato” Vargas, uno de los miembros de “La Tandoná” (promoción militar que excedió el tradicional reducido número de graduados de la Escuela Militar), en El Salvador nunca existieron dictaduras militares, sino, simplemente, algunos gobiernos militares. También, de acuerdo con su opinión, en El Salvador no existieron militares criminales, tal como la propaganda comunista quiere hacer creer. En su opinión, meramente hubo “algunos militares que tuvieron un comportamiento no deseado” (Muyschondt, 2014).

Para ese exgeneral, los asesinatos de monseñor Romero, de los jesuitas, de las religiosas estadounidenses, de varios sacerdotes, de los líderes del Frente Democrático Revolucionario (FDR), las masacres en El Mozote, Poza Honda, Cerro Pando, Las Hojas, Tres Calles, La Cayetana y muchas más contra civiles en la ciudad y en el campo se limitan a “un comportamiento no deseado” de parte de la FAES y de los cuerpos policiales, mal llamados “cuerpos de seguridad”. Un cuarto de siglo después del fin de las beligerancias, el exgeneral Vargas quiere dar la impresión de que se ha convertido en creyente de Dios. En una entrevista concedida a *El Diario de Hoy* (Marroquín, 28 de febrero de 2018), dicho exgeneral sugiere que si Dios hubiera llegado a él durante su carrera militar activa, “tal vez los errores

hubiesen sido menores". Al traducir sus palabras sutiles a un lenguaje realmente entendible, se tendría que entender que habría habido "menos asesinatos, menos desaparecidos, menos torturas y menos masacres en contra de la población civil a manos de la FAES y de los cuerpos policiales".

En abierta contradicción con lo que argumenta "el Chato" Vargas, el general Fidel Torres (ministro de la Defensa de julio de 1967 a julio de 1972, durante la administración del general Fidel Sánchez Hernández) reconoce en un libro sobre sus memorias que el régimen del general Maximiliano Hernández Martínez sí fue una dictadura como la del coronel Osmin Aguirre y como las de otros militares (Torres, 2007, pp. 41-45). Asimismo, el general Torres argumenta que a los militares no se los educaba con la fuerza de la razón, sino que con la razón de la fuerza bruta.

En su libro menciona al menos tres "anécdotas" que confirman el nivel de brutalidad con el que se graduaban los militares. De acuerdo con Torres, si el general Martínez encontraba a algún soldado que no estuviera bien alineado en la formación, él lo "alineaba personalmente de una sola patada" (Torres, 2007, p. 36). En otra ocasión, de acuerdo con el mismo general Torres, hubo una celebración deportiva en la que participaban cadetes de la Escuela Militar y en la que había mariachis para amenizar. Torres afirma que una de las canciones que los mariachis (no proporciona el nombre del grupo musical) interpretaron fue la famosa canción mexicana *La coronela* (dedicada a las heroicas mujeres que combatieron bajo la dirección del revolucionario Pancho Villa). El entonces director de la Escuela Militar de El Salvador se sintió ofendido y de inmediato agarró a golpes a todos los músicos. Ahí terminó todo el evento deportivo (Torres, 2007, p. 62). Asimismo, el general Torres aprovecha su libro para negar rotundamente que el general José Alberto "Chele" Medrano le diera un "trompón" en la cara cuando fue removido de la Dirección de la Guardia Nacional. Sin embargo, el

general Torres afirma que respetar protocolos no era parte de las conocidas "adicciones" del "Chele" Medrano (Torres, 2007, pp. 159-161).

En su libro de memorias, el capitán Emilio Mena Sandoval reafirma ese aspecto del "Chele" Medrano. De acuerdo con ese capitán, el general Fidel Sánchez Hernández, en una ocasión, estaba a punto de entrar al cuartel central de la Guardia Nacional. En tanto, "el Chele" Medrano estaba viendo un partido de fútbol de los mismos aspirantes a guardias nacionales. Un subordinado le informó al "Chele" Medrano que el señor presidente estaba por llegar. Medrano le respondió: "Déjelo entrar. ¿Que no es el presidente, pues?". Cuando el general Sánchez Hernández se encontró con "el Chele" Medrano, este último le dijo fríamente: "Sentate aquí, está vergón el partido. No hay ninguna novedad" (Mena Sandoval, 1990, pp. 142-143). Medrano no solo era el poder tras el trono. La lógica más básica indica que, en El Salvador, el militarismo impuso la razón de la fuerza sobre la fuerza de la razón. Esa fue su educación profesional.

Con macroscópicas evidencias de esa magnitud, ni Nostradamus habría vacilado en pronosticar certeramente una lucha popular armada en El Salvador. La ofensiva que el FMLN lanzó el 10 de enero de 1981 (Álvarez, 2010, p. 18) no logró su objetivo: insurrección popular y toma del poder, pero sí logró presentarse mundialmente como una fuerza político-militar que tenía que tomarse en cuenta ante cualquier posible solución negociada (Kramer, 2009, p. 78). Por su lado, el binomio GOES-FAES y sus protectores en Washington argumentaban en público que los "terroristas" no eran más que grupos de bandoleros en desbandada, pero en secreto ellos trabajaban en la posible aritmética real. Por ejemplo, el Departamento de Estado de Estados Unidos indica que el FMLN tenía 2,000 combatientes en 1980. De acuerdo con ellos mismos, los combatientes guerrilleros habían llegado a casi 4,500 en

1981. Es más, según los estimados del mismo departamento, los combatientes del FMLN habían llegado posiblemente a los 12,000 en 1984 (Benítez Manaut, 1989, p. 39). Esas mismas cifras “oficiales” se contradecían al argumentar que los “terroristas” eran bandidos en desbandada.

Cualquier persona pensante habría inferido que, si el FMLN, con 2,000 combatientes (de acuerdo con Estados Unidos) mal preparados y mal armados, se había atrevido a lanzar una ofensiva de esa envergadura el 10 de enero de 1981, una ofensiva de mayor magnitud solo sería cosa de tiempo. El 31 de octubre de 1989 por la madrugada, una bomba de alto poder explosivo destruyó el local del Comité de Madres y Familiares de Presos, Desaparecidos y Asesinados Políticos de El Salvador “Monseñor Oscar Arnulfo Romero” (COMADRES), en San Salvador. Cuatro personas, incluido un menor, resultaron heridas. En esa misma fecha, otra bomba de mayor poder explotó al mediodía. Esta vez fue contra el local de la Federación Nacional Sindical de Trabajadores Salvadoreños (FENASTRAS) en San Salvador. Murieron nueve personas y más de cuarenta resultaron heridas. Dentro de las personas asesinadas en ese atentado terrorista se encontraba Febe Elizabeth Velásquez, una de las más importantes líderes de FENASTRAS, que a su vez era una de las organizaciones sindicales más fuertes en El Salvador en ese tiempo (Gruson, 1 de noviembre de 1989).

Como resultado del atentado, el FMLN decidió suspender su participación en el proceso de negociación de paz con el Gobierno (Gruson, 3 de noviembre de 1989). A pesar de esos graves crímenes, el Estado no hizo ninguna investigación seria. Radio Venceremos, voz oficial de los alzados en armas, había anunciado con anterioridad una nueva ofensiva contra el GOES y la FAES (Associated Press, 1 de noviembre de 1989). El asesinato de varios sindicalistas en la sede de FENASTRAS le sirvió al FMLN como

una razón más para continuar su justa lucha revolucionaria.

Sin embargo, el FMLN decidió mentir en esa ocasión. La ofensiva guerrillera de noviembre de 1989 jamás fue en respuesta al aberrante ataque perpetrado por terroristas del Estado salvadoreño contra FENASTRAS. Esa ofensiva guerrillera se había gestado desde hacía al menos tres o cuatro años antes. Esto lo han confirmado comandantes de la exguerrilla y militares, incluyendo al entonces coronel David Munguía Payés (Arauz, *El Faro*), al general Humberto Corado (Arauz, *El Faro*), al excomandante guerrillero Facundo Guardado (Betancourt, *El Faro*) y a otros actores de esa guerra fratricida (Galeas, 2008, p. 71 y Ayala, 2017, pp. 55-66). Una ofensiva guerrillera de esa envergadura no se planea de un día para otro. Ni siquiera un simple “golpe de mano” (en jerga guerrillera, atacar sorpresivamente, pero huir al mismo tiempo) se puede improvisar. Hay que considerar siempre las rutas de escape, reales o potenciales, solo por mencionar algunos de los aspectos militares a tomar en cuenta.

El FMLN todavía no había hecho público el nombre que le daría a su nueva “ofensiva final”. La comandancia general ya había decidido que, al empezar las hostilidades militares, la ofensiva se llamaría “Hasta el tope”. Pero el asesinato de Febe Elizabeth Velásquez le ofreció en bandeja de plata a la comandancia general del FMLN un inesperado aditivo. La ofensiva guerrillera ahora se llamaría “Febe Elizabeth vive, hasta el tope”. Con ese cambio de nombre, el FMLN trató de levantar la moral de las masas y, al mismo tiempo, le hacía saber a la FAES que ellos tenían la capacidad militar y logística de responder casi de inmediato a los ataques terroristas perpetrados por agentes del Estado. El ataque contra la sede de FENASTRAS ocurrió el 31 de octubre de 1989 y la ofensiva guerrillera inició el 11 de noviembre del mismo año. Desde cualquier ángulo que se analice una ofensiva guerrillera de esa magnitud, siempre

se concluirá que era imposible prepararla en tan solo diez días.

La ofensiva “Febe Elizabeth vive, hasta el tope” duró al menos una semana. No obstante, fue más importante el hecho de que ningún otro movimiento guerrillero en América Latina había tenido la osadía y la capacidad de paralizar la ciudad capital por una semana. Además, las fuerzas guerrilleras mantuvieron el asedio contra cuarteles en varias ciudades importantes de El Salvador, como Santa Ana, San Miguel, Zacatecoluca, Usulután, entre otras. El binomio FAES-GOES, nuevamente, argumentó que esa ofensiva no era más que un acto desesperado de parte de grupúsculos de subversivos-comunistas-terroristas que andaban en desbandada. Llama la atención que, durante más de una década, los periódicos de mayor circulación —*El Diario de Hoy* y *La Prensa Gráfica*— publicaban periódicamente cifras de cientos de terroristas muertos en cuantos combates contra las mal llamadas “fuerzas del orden”.

Si esas víctimas en realidad hubieran sido guerrilleros, el FMLN prácticamente habría desaparecido y no habría podido lanzar su nueva ofensiva en noviembre de 1989. Más controversial aún, el general Humberto Corado Figueroa (ministro de la Defensa durante la administración de Alfredo Cristiani) argumenta en su libro que solo en la ofensiva de 1989 fueron aniquilados 1,576 terroristas y 257 fueron capturados (Corado Figueroa, 2008, p. 275). Si esa cifra de guerrilleros “muertos en combate” fuera real, el FMLN no habría sobrevivido como fuerza militar para negociar el fin de las hostilidades. Por otro lado, si se supone que el general Corado Figueroa no miente, eso demuestra que el FMLN nunca fue un grupúsculo. En realidad, la mayoría de las víctimas a las que el general Corado Figueroa se refiere como “terroristas muertos en combate” fueron civiles inocentes.

Afortunadamente, George H. W. Bush y sus asesores evaluaron esa realidad vigente con pragmatismo. Durante una década, el

dinero de los contribuyentes (gente que paga impuestos) estadounidenses se había estado vertiendo en un barril sin fondo. El binomio FAES-GOES no solo había demostrado ser corrupto, sino también inepto y criminal de guerra. Ellos aseguraban cada año que ese era el último año de vida que les quedaba a los subversivos-comunistas-terroristas del FMLN. Es más, varios embajadores estadounidenses en El Salvador hacían eco de ese coro triunfalista. Después de más de una década de sangrientas beligerancias internas, la administración de George H. W. Bush reconoció que la victoria militar de un bando sobre el otro no era posible. La estrategia militarista que había heredado de su jefe, Ronald Reagan, y que entusiastamente él mismo había apoyado en su capacidad como vicepresidente de Estados Unidos había demostrado ser un fiasco total. Ya no lo decían sus críticos, sino la realidad abrumadora.

A ese hecho había que agregarle que George H. W. Bush estaba bien claro sobre el reconocimiento internacional que el FMLN había logrado. Por ejemplo, Francia y México habían reconocido al FMLN no como una organización terrorista, sino como la contraparte principal para lograr una solución negociada. Además, Francia, como miembro de la OTAN, la cual es liderada por los mismos Estados Unidos, había demostrado con su accionar una pública oposición a la política exterior militarista estadounidense hacia El Salvador. Si los franceses habían optado por ese curso de acción en favor de una lucha de liberación que se llevaba a cabo a miles de kilómetros de París, eventualmente podrían hacer algo similar con cualquier país miembro de la OTAN. Además, el ejemplo de Francia podría haber sido imitado por cualquier otro país miembro de la OTAN. Ese conflicto de posiciones pudo haber engendrado el embrión de la disidencia dentro de la OTAN. George H. W. Bush estaba mucho más interesado en la OTAN que en el conflicto salvadoreño.

Por otro lado, el hecho de que la población civil no se insurreccionó durante la ofensiva

guerrillera de 1989, tal como lo esperaba el FMLN, solo se puede explicar por el exitoso efecto psicológico que la brutalidad de los agentes del Estado y sus infames Escuadrones de la Muerte inyectó al pueblo. George H. W. Bush, sin embargo, reconoció que lo más pragmático era buscar una solución negociada en la que la hegemonía de Estados Unidos sobre El Salvador no se viera seriamente amenazada. De lo contrario, los estadounidenses se enfrentarían a una "vietnamización" del conflicto (regionalización y prolongación de un desastre anunciado, tal como les había ocurrido en Vietnam). La derrota de Estados Unidos en Vietnam y el llamado "síndrome de Vietnam" (aversión de la población civil a más involucramientos militares de Estados Unidos en otros países) (Simons, 1998, pp. 6-24), resultado de ese fiasco, ya habían causado suficientes daños. Bush tenía preocupaciones mucho más importantes en su agenda de relaciones internacionales. Por ejemplo, concentrar sus esfuerzos militares en Europa, donde, de acuerdo con él, los rusos seguían siendo una amenaza, a pesar de que la Guerra Fría ya había terminado. Él había reconocido que el FMLN seguía siendo una fuerza político-militar con la que había que negociar una solución pacífica ante las belicosidades internas de El Salvador que Washington siempre había apoyado. Ya no era viable arriesgarse a otro "síndrome de Vietnam".

El asesinato de los jesuitas, de una empleada y de su hija

Bastante se ha dicho y escrito sobre el vil asesinato de los sacerdotes jesuitas, de una de sus empleadas y de su hija. Al mismo tiempo, bastante poco se ha hecho para llevar a la justicia a los verdaderos asesinos; es decir, a los criminales intelectuales de ese insólito magnicidio. Ni siquiera a los brutales militares ni a la policía de Sudáfrica durante el criminal *apartheid* (sistema que "legalmente" discriminaba a los negros, verdaderos dueños de ese país) se les ocurrió asesinar al arzobispo Desmond Tutu o a Nelson Mandela, a pesar de que ambos eran la voz de los sin voz

durante ese período en un país de mayoría negra. Lamentablemente, la brutalidad de los militares salvadoreños superó con creces la de los de Sudáfrica.

Difícilmente se le podría haber ocurrido a una persona racional que la brutalidad del militarismo en El Salvador cruzaría las fronteras del raciocinio humano; sin embargo, ocurrió. Cuando asesinaron a monseñor Óscar Arnulfo Romero y Galdámez, el 24 de marzo de 1980, sus asesinos intelectuales no solo esperaban silenciar físicamente la voz de los sin voz, sino que esperaban demostrarle al pueblo que, si se habían atrevido a cometer ese magnicidio, de ahora en adelante nadie podría sentirse seguro de su vida. Ese macabro mensaje iba dirigido especialmente a las masas populares que continuaban empecinadas en cambiar las obsoletas estructuras de poder. Exactamente eso es el verdadero terrorismo. En palabras concisas, cometen acciones de terrorismo quienes optan por aterrorizar por cualquier medio posible a individuos o masas para que desistan de demandar todos sus derechos constitucionales. El terrorismo más común es el que comete un Estado en contra de su población. Esos Estados usan a sus agentes, ya sea con o sin uniforme, y tienen el monopolio de la fuerza estatal. En ese *statu quo*, los verdaderos terroristas son los agentes del Estado; y las víctimas, el pueblo, que tendría que ser protegido.

Después del asesinato de monseñor Romero, posiblemente a nadie en su sano juicio se le habría ocurrido que los militares salvadoreños volverían a cometer otra brutalidad de esa magnitud. Sin embargo, el 16 de noviembre de 1989, miembros de la FAES asesinaron con lujo de barbarie a varios jesuitas que eran catedráticos de la UCA (lugar donde fueron acribillados), a una de sus empleadas y a su hija (*El País*, 17 de noviembre de 2006). Ese crimen aberrante y aborrecible demostró que Ronald Reagan le había mentido deliberadamente al Congreso de su país durante sus dos administraciones. De acuerdo con Ronald Reagan, las violaciones a los dere-

chos humanos a manos de la FAES y los mal llamados "cuerpos de seguridad" continuaban disminuyendo cada día. Reagan decidió mentir y violar las leyes de su país, así como las leyes internacionales, con el objetivo de que el Congreso de Estados Unidos continuara aprobando más ayuda militar para El Salvador.

Llama bastante la atención el hecho de que George H. W. Bush fuera el vicepresidente durante las dos administraciones de Ronald Reagan. Por lo tanto, Bush sabía con certeza que no era cierto que la FAES hubiera cambiado su conducta criminal. Lo que posiblemente Bush no se imaginó fue que los militares salvadoreños llegarían al extremo que demostraron. Los ataques públicos verbales (y también anónimos), escritos y físicos contra los clérigos, que se atrevían a denunciar la realidad y propugnaban una solución pacífica, fueron innumerables. Cuatro religiosas estadounidenses y una decena de sacerdotes salvadoreños ya habían sido asesinados por Escuadrones de la Muerte (Romero, 2014, p. 313).

Aun después de esos magnicidios, el general Juan Orlando Zepeda (exviceministro de la Defensa) continúa argumentando que "organizaciones religiosas... se infiltraron en el sector campesino, transformándose después en guerrillas rurales impulsando la más sangrienta etapa de nuestra historia patria" (Zepeda, 2008, p. 28). Sus palabras no demuestran arrepentimiento, sino orgullo por los crímenes cometidos en contra del clero. Otro caso que ilustra esta situación es que los jesuitas de la UCA y la estación de radio de la Iglesia católica en El Salvador ya habían sufrido diversos ataques de parte del terrorismo de Estado. Mientras tanto, la prensa doméstica y lacaya, por lo general difundida cada día por *El Diario de Hoy*, seguía manteniendo que esos ataques habían sido cometidos "por desconocidos" y aseguraba que el GOES ya había iniciado investigaciones exhaustivas, investigaciones meramente propagandísticas.

El coronel Juan Orlando Zepeda había declarado de forma pública que la UCA era prácticamente el Estado Mayor del FMLN, desde donde se planificaban las acciones terroristas. Por su parte, el coronel Inocente Orlando Montano, entonces viceministro de Seguridad Pública, en concordancia con la opinión del coronel Zepeda, argumentó públicamente que los jesuitas de la UCA "estaban plenamente identificados con los movimientos subversivos" (Comisión Interamericana de Derechos Humanos, 22 de diciembre de 1999). Por otro lado, resulta extremadamente ingenuo creer que el Alto Mando de la FAES se reunió antes del asesinato de los clérigos ya mencionados solo para planear el curso de acción en contra de las fuerzas del FMLN. Horas después, los sacerdotes, una empleada de estos y su hija fueron asesinados en un área bajo estricto control militar. En una institución castrense, las órdenes no se discuten, sino que se cumplen. Es más, en toda institución castrense se aplica estrictamente el principio de comando. Es decir, las órdenes emanan de arriba hacia abajo. A eso hay que agregarle que Alfredo Cristiani, en su capacidad como presidente de El Salvador, era constitucionalmente el comandante en jefe de la FAES. Por lo tanto, haya sabido o no del plan de asesinato, él es el primer responsable. Cuando todo eso ya no se pudo ocultar, el estamento militar optó por pasar la responsabilidad a los autores materiales de tal magnicidio.

Ese nuevo escenario le daba un poco de alivio a George H. W. Bush, porque al menos ya habían identificado a los autores materiales. Sin embargo, ahora más que nunca, Bush estaba muy lejos de poder justificar ante el Congreso de su país más ayuda militar para el binomio GOES-FAES. Ante una contingencia seria, Bush podría haber recurrido a sus poderes presidenciales de emergencia y enviar más ayuda militar sin la aprobación del Congreso, pero ese potencial curso de acción solo habría empeorado la situación, ya que Bush se habría colocado públicamente en favor de unas fuerzas armadas que habían demostrado sistemáticamente, por más de una

década, que no habían cambiado su naturaleza criminal... y que nunca cambiarían. No obstante, como todo presidente de Estados Unidos, Bush no estaba dispuesto a que El Salvador se saliera del redil de su país.

Una invasión militar de parte de Estados Unidos era completamente posible, pero habría "vietnamizado" la región. En otras palabras, todas las organizaciones guerrilleras y de masas existentes en ese momento en Centroamérica habrían ayudado al FMLN. El Salvador se habría convertido en un supervolcán. A Bush le quedaban dos opciones. Una era abandonar el binomio GOES-FAES y que el pueblo liderado por el FMLN llegara al poder. La otra opción era no abandonar el binomio GOES-FAES, pero presionar para negociar una genuina solución pacífica al conflicto en la que ambas contrapartes se harían concesiones mutuas aunque indeseables. Esta segunda opción le permitiría a Estados Unidos seguir manteniendo presencia en los asuntos internos de El Salvador sin erosionar seriamente los intereses geopolíticos de Washington en ese país. Bush estaba mucho más preocupado por los intereses estratégicos de su país en Europa. Es innegable que, sin la aprobación de Bush, difícilmente se habría llegado a la firma de los mal llamados Acuerdos de Paz. Bush había entendido que una victoria militar no era posible para ninguno de los bandos en contienda. Esos acuerdos terminarían con las belicosidades, pero no necesariamente con todas las causas engendradoras.

Derrota electoral del FSLN en Nicaragua

El Frente Sandinista de Liberación Nacional (FSLN) nació en Nicaragua en 1961 como una organización político-militar cuyo principal objetivo era continuar la lucha de liberación nacional iniciada por el "General de Hombres Libres", César Augusto Sandino. A pesar de que esta investigación no logró identificar a todos los líderes históricos, dentro de los principales fundadores del FSLN están

Carlos Fonseca, Francisco Buitrago, Jorge Navarro, Silvio Mayorga, Pablo Ubeda, Germán Pomares y Tomás Borge. El general Sandino no fue un militar de academia. Él aprendió la guerra de guerrillas de forma empírica mientras combatía al invasor de su país y a la dictadura lacaya impuesta por el mismo invasor: Estados Unidos (*La Prensa de Nicaragua*, 2 de octubre de 2006). Sandino no logró ver a su patria liberada, ya que fue asesinado por orden del primer dictador de la dinastía de los Somoza, el general Anastasio Somoza García, el martes 21 de febrero de 1934, con el beneplácito estadounidense (*Le Lous*, 19 de febrero de 2017).

Sin embargo, el sueño del general Sandino se cristalizó el 19 de julio de 1979, cuando el FSLN y el pueblo de Nicaragua se insurreccionaron contra la dictadura militar de la dinastía de los Somoza, la cual fue derrocada. Lawrence A. Pezzullo, embajador de Estados Unidos, negoció con el FSLN la salida de Nicaragua del último dictador de esa dinastía, el general Anastasio Somoza Debayle (Roberts, 1 de agosto de 2017). La primera invasión y ocupación de Nicaragua por parte de Estados Unidos la llevó a cabo el filibustero (pirata) William Walker, con implícita aprobación estadounidense, en 1855 (Méndez, 1978, p. 1). Ese pirata se auto-nombró presidente de Nicaragua y aspiraba a más en esa región (Cates, 2 de mayo de 2004). Afortunadamente, ese filibustero fue eventualmente derrotado.

No obstante, esa derrota de ninguna manera implicó que Estados Unidos hubiera perdido interés en controlar el destino de Nicaragua. Las tropas estadounidenses invadieron y ocuparon Nicaragua de 1912 a 1925 y de 1926 a 1933, pero no sin antes haber creado la infame Guardia Nacional para que regentara los intereses estratégicos de Washington en ese país. Su primer jefe y "benjamín" de la dictadura militar impuesta por Estados Unidos fue el general Anastasio Somoza García. Este le heredó el poder a su hijo, el general Luis Somoza Debayle, quien, a su vez, le heredó

el poder a su hermano, el general Anastasio Somoza Debayle, quien estuvo en el poder hasta el 17 de julio de 1979 (día en que salió de Nicaragua). Este último miembro de la dinastía Somoza era tan leal a la "patria madre" que lo engendró que en sus discursos mezclaba español e inglés. Él hablaba castellano, pero pensaba en inglés.

Nicaragua vivió casi medio siglo bajo una dictadura militar impuesta por Estados Unidos; no obstante, ningún presidente estadounidense argumentó haberse dado cuenta de ello. Fue el presidente Ronald Reagan quien se autoagenció el haber descubierto que, a partir del derrocamiento de la dinastía de los Somoza, el 19 de julio de 1979, había una dictadura en Nicaragua. Para "liberar" a Nicaragua de la dictadura que, en su opinión, había empezado en esa fecha, Reagan creó un ejército de mercenarios con los remanentes de la Guardia Nacional del último Somoza. El objetivo primario era recuperar Nicaragua no para los nicaragüenses, sino para la hegemonía de Estados Unidos. George H. W. Bush fue vicepresidente de su país durante las dos consecutivas administraciones de Ronald Reagan. Por la vía electoral, Bush logró ascender a la presidencia el 20 de enero de 1989. Al igual que su exjefe, Bush estaba obsesionado con destruir la revolución en Nicaragua y con devolver ese país al redil de países avasallados a la Casa Blanca. Bush quería mantener en Nicaragua un "somocismo sin Somoza".

En El Salvador, la ofensiva guerrillera de noviembre de 1989 había demostrado que, incluso después de 12 años de guerra militar y con el apoyo incondicional de Estados Unidos hacia el GOES, una victoria militar no era posible para ninguno de los bandos en contienda. La política internacional y las relaciones internacionales demuestran que, en la práctica, las tácticas y las estrategias pueden ser flexibles, pero no así los objetivos. Bush había sido un cómplice inmediato y directo de todos los desmanes que su exjefe había cometido en contra de la Revolución

sandinista. Como nuevo presidente estadounidense, Bush autorizó más ayuda a la "Contra" (ejército de mercenarios creado por Reagan para destruir la revolución en Nicaragua). En un documento secreto (hoy desclasificado) con la fecha del 21 de marzo de 1991 y llamado *Criminal Liability of President Bush*, de 89 páginas, queda demostrado que Bush negoció con el Gobierno de Israel la venta de armas a Irán (supuesto acérrimo enemigo de Estados Unidos), pero más importante aún es el hecho de que Bush ordenó a dos presidentes de Honduras (José S. Azcona y Rafael L. Callejas) que permitieran operar a las bases militares de la "Contra" no solo en Honduras, sino también cerca de la frontera geográfica con la Nicaragua sandinista.

Como presidente, Bush ordenó que la "Contra" no pudiera ser desmantelada mientras en Nicaragua existiera un régimen dictatorial, en clara alusión al FSLN, que había logrado emancipar a Nicaragua de casi medio siglo de una verdadera dictadura impuesta por los mismos Estados Unidos. El fracaso de la política militarista estadounidense hacia El Salvador hizo que Bush decidiera presionar a los sandinistas a aceptar elecciones presidenciales en tiempo de guerra abierta. Como gesto de buena voluntad, los sandinistas aceptaron (error garrafal, porque no tendrían que haber sucumbido ante las presiones de su enemigo mayor, y menos en tiempo de agresión abierta de parte del "Goliath del Norte"). George H. W. Bush les prometió a los sandinistas que respetaría el resultado que fuera, siempre y cuando esas elecciones fueran "libres". Lo que Bush deliberadamente nunca explicó fue libres de quién.

En términos concretos, cualquier elección es libre cuando no existe presión gubernamental doméstica o intervencionismo extranjero que dé su apoyo a un determinado bando en la contienda electoral. Las leyes internacionales, al menos en teoría, son muy claras cuando estipulan que ningún Estado actor (países) tiene derecho a intervenir en los asuntos internos de otro país con la inten-

ción de favorecer al bando que recibe ayuda en detrimento del bando gubernamental. La señora Violeta Barrios de Chamorro, viuda del famoso periodista Pedro Joaquín Chamorro, asesinado en Managua por la dictadura somocista el 10 enero de 1978 (Kinzer, 4 de octubre de 1987), fue, irónicamente, la mejor pieza del ajedrez geopolítico de Estados Unidos durante la administración de George H. W. Bush en Nicaragua. En las relaciones internacionales, el objetivo principal es imponer la voluntad del más fuerte sobre el más débil. Pero, al igual que en un juego de ajedrez, siempre hay que maniobrar por todos los medios posibles. El objetivo a lograr siempre es inflexible. Las maniobras para lograrlo siempre son flexibles. Es de esa forma como cada Estado actor manipula en la arena internacional a los Estados más débiles.

Otro documento, desclasificado el 21 de agosto de 2009, demuestra que la señora Violeta Barrios de Chamorro se reunió secretamente con Bush y con su gabinete de gobierno el 8 de noviembre de 1989. Bush le dijo: "Obviamente, nosotros queremos que usted gane, pero no queremos dar la impresión pública de que nosotros la apoyamos. Pero queremos darle cualquier tipo de ayuda que nos pida". Por increíble que parezca, la honorable doña Violeta Barrios de Chamorro decidió deshonrar la memoria de su esposo, asesinado con el financiamiento de quienes ahora le ofrecían financiamiento para su campaña electoral, y le respondió a Bush: "Cualquier ayuda que venga de Estados Unidos siempre es positiva". Aparte de la ayuda en dólares, Bush también le ofreció enviar a su hijo a Nicaragua para ayudarla en su campaña electoral, ya que su hijo "habla español" (el documento, ahora desclasificado, no menciona el nombre de ese hijo que habla español, pero se puede inferir que se refería a su hijo George). Además, le ofreció enviar artistas famosos para que más gente se sumara a su campaña proselitista. Es más, Bush le ofreció pagar "encuestas" para crear la impresión de que su popularidad iba en aumento, tal como había hecho en

otros países, como en las Filipinas del general Ferdinand Marcos (dictadura militar que, "democráticamente", se eternizaba con la compra de "elecciones populares" por parte de Estados Unidos) (The White House, 8 de noviembre de 1989).

La intervención de Estados Unidos en los asuntos internos de Nicaragua se había convertido en algo "casi normal". Con su corroborado poder económico, los estadounidenses han comprado voluntades electorales en 81 ocasiones (entiéndase en todos los cuadrantes) desde 1946 hasta 2000 (Agrawal, 21 de diciembre de 2016). Por lo tanto, comprar las elecciones presidenciales en Nicaragua en favor de doña Violeta, la candidata de la Casa Blanca, no era algo ajeno a los procedimientos "discretos" de la política exterior de Estados Unidos hacia cualquier país del autoagenciado "patio trasero" de Washington. Antes de que doña Violeta fuera oficializada como la candidata presidencial, la CIA había empezado a invertir una millonada de dólares en "entrenamiento organizativo" en potenciales líderes de la Unión Nacional Opositora (UNO): grupo de 14 minipartidos políticos, aunque varios de ellos no llegaban ni a minipartidos. Ese "volumen" daba la impresión de una enorme y creciente "oposición" a la revolución en Nicaragua. Ese entrenamiento se llevaba a cabo en la "Suiza de Centroamérica" (Costa Rica), con el beneplácito del Gobierno de ese país (LeoGrande, 1998, pp. 559-561).

La honorable doña Violeta Barrios de Chamorro renunció a la Junta Revolucionaria de Gobierno de la Revolución sandinista en abril de 1980 (*The New York Times*, 27 de febrero de 1990). Ella se retiró del Gobierno, pero no de la política. La CIA ya le había hecho la primera donación monetaria para que mantuviera a flote *La Prensa*, el periódico creado por su difunto esposo. A pesar de que su esposo fue asesinado por los benefactores político-económicos de los homicidas de su esposo, ella ya había optado por recibir ayuda incondicional de los mismos asesinos intelectuales.

tuales. Ella quería ser presidenta de Nicaragua y George H. W. Bush quería que lo fuera a cualquier costo. Como en cualquier cuento de hadas, ese binomio tuvo un final feliz. George H. W. Bush quería un "somocismo sin los Somoza". En otras palabras, la elección de su candidata presidencial daría la impresión de que, de ahora en adelante, Estados Unidos ya no tenía ningún tipo de injerencia en los asuntos internos de Nicaragua.

Doña Violeta, una vez declarada vencedora en las elecciones presidenciales, no vaciló en afirmar: "¡Aquí mando yo!" (Bastienier, 11 de marzo de 1990). Ella, como cualquier político convencional, le mintió a su pueblo. Ahora no mandaba ella: mandaba la administración de George H. W. Bush. Otro documento desclasificado revela que Bush le dijo a la honorable doña Violeta: "Recuerde que ambos trabajamos por la paz, la democracia y la prosperidad" (The White House, 31 de julio de 1992). En el clásico lenguaje de las relaciones internacionales, eso significa: usted ordena su casa en Nicaragua, pero en su casa mando yo desde mi Casa Blanca. Bush había declarado, mucho antes de esa elección "libre y democrática", que su apoyo a la "Contra" se mantendría hasta que hubiera "democracia" en Nicaragua. Pero, para él, "democracia" en Nicaragua significaba solo una Nicaragua sin revolución, sin sandinismo, pero nuevamente servil a los estadounidenses.

Doña Violeta, en su campaña electoral, había amenazado anticipadamente con no reconocer el resultado de las elecciones "libres" si ella no era electa. Ella vociferaba lo que sus protectores en la Casa Blanca le habían dicho que hiciera. George H. W. Bush había vociferado la misma amenaza. Al saber que el Tío Sam la apoyaba incondicionalmente, ella afirmó públicamente: "En unas elecciones limpias y justas, Ortega no ganará" (Lauter, 9 de noviembre de 1989). Doña Violeta derrotó "electoralmente" al FSLN el 25 de febrero de 1990 (*The New York Times*, 27 de febrero de 1990). Bush declaró que, ahora que la "democra-CIA" había empezado

en Nicaragua, ya no había razón para más ataques militares patrocinados por Estados Unidos contra Nicaragua (The American Presidency Project, 26 de febrero de 1990). Es pertinente aclarar que quienes votaron en esas elecciones "libres" no votaron en favor de doña Violeta o en contra de la revolución, sino en contra de más guerra contra Nicaragua. Bush había dejado muy claro que si doña Violeta no ganaba en esas elecciones "libres", era porque todavía no había democracia en Nicaragua. Por lo tanto, la "desinteresada" ayuda militar de Estados Unidos a la "Contra" continuaría hasta liberar a Nicaragua de la Revolución sandinista. Eso significaba más guerra contra Nicaragua, más derramamiento innecesario de sangre nicaragüense.

En ese mismo discurso, Bush dijo que su país ya podía empezar a ayudar a reconstruir la economía nicaragüense. Lo que no dijo en ese discurso fue que ellos mismos habían destruido esa economía. En la óptica de Bush, Estados Unidos ya había recuperado esa oveja que se le había salido del redil. De ahora en adelante, los nicaragüenses revolucionarios ya no exportarían más revolución hacia El Salvador. Bush, al igual que Ronald Reagan, su exjefe, consideraba que las causas de las beligerancias internas en El Salvador no eran producto de las obsoletas estructuras de poder. Para George Bush, todo eso era un claro resultado del expansionismo del comunismo internacional. El hecho de que la señora Chamorro obtuviera una victoria electoral hizo pensar a Bush que, dentro de poco, podría optar por una solución "pacíficamente negociada" con los subversivos en El Salvador. Bush quería terminar con ese dolor de cabeza que su exjefe le había heredado, a pesar de que él mismo lo había apoyado durante sus ocho años como vicepresidente. Bush quería "reorientar" y enfocar su propia política exterior en Europa, donde los rusos, en su opinión, seguían siendo una verdadera amenaza militar para los intereses estratégicos y geopolíticos de Estados Unidos. En su opinión, la victoria electoral de su candidata

en Nicaragua confirmaba que se podía llegar a una "solución negociada" con los comunistas salvadoreños.

Para Bush, los comunistas eran todas las personas que luchaban por una verdadera democracia, por una justicia real y por una libertad sin condiciones impuestas por la Casa Blanca. La victoria electoral de su protegida en Nicaragua, en su opinión, confirmaba que los sandinistas ya no exportarían más revolución hacia El Salvador. En su óptica (ante el público, por supuesto), ese gane electoral en Nicaragua confirmaba que, de ahora en adelante, él podía autorizar a sus lacayos en El Salvador para que empezaran a hablar de una solución negociada, pero desde una posición de fuerza política y militar. Para Bush, lo más importante era negociar una salida pacífica sin erosionar el hegemonismo de Estados Unidos sobre El Salvador y Nicaragua, aunque consideraba que eso tendría que ser de forma discreta y digna para su país. En Nicaragua, el Ejército Popular Sandinista había llegado para quedarse y para impedir más ocupaciones militares extranjeras. La señora Chamorro había llegado al Palacio Nacional de Managua para garantizar que los sandinistas no ayudaran a los rebeldes en El Salvador. La ingente cantidad de dólares que Estados Unidos había invertido en tratar de revertir ese proceso emancipatorio y que había costado miles de vidas inocentes centroamericanas había llegado a su final. Las únicas opciones eran la "vietnamización" o una genuina solución negociada. Bush optó por la segunda.

El colapso del bloque soviético

La Primera Guerra Mundial duró desde el 28 de julio de 1914 hasta el 11 de noviembre de 1918. La Segunda Guerra Mundial duró desde 1939 hasta 1945. Las potencias vencedoras en esta segunda guerra se repartieron el mundo no como simples trofeos, sino como sus nuevas esferas de influencia. Sin embargo, al término de este segundo conflicto, una nueva guerra mundial había comenzado: la

Guerra Fría. Algunos autores le atribuyen a Bernard Baruch, un multimillonario y financiero que fue asesor de varios presidentes de Estados Unidos, el haber acuñado ese término, mientras que otros autores se lo atribuyen a Walter Lippmann (Trahair & Miller, 2012, p. 222). A pesar de esa controversia, había una similitud entre ambos y era que las dos potencias mayores (Estados Unidos y la URSS) habían unido esfuerzos para derrotar a las potencias del eje (Alemania, Italia y Japón), y ahora sus relaciones se habían enfriado. Es más, ahora las dos potencias vencedoras se habían enfrascado en una carrera militar nuclear, sabiendo que, de producirse una confrontación de esa naturaleza, no habría ganadores, sino solo perdedores. No obstante, cada potencia buscaba expandirse más.

El "realismo ofensivo", una teoría de relaciones internacionales, acertadamente afirma que las potencias imperialistas no se conforman con asegurar su propia seguridad nacional, sino que buscan hegemonía en cuanta región puedan lograr (Mearsheimer, 2014, pp. 420-421). El caso de la OTAN y del Pacto de Varsovia es un clásico que demuestra que, en el ajedrez de las relaciones internacionales, la pérdida de poder de un rival es la ganancia del otro. La OTAN fue creada, al menos en teoría, con la sola intención de contrarrestar cualquier amenaza militar que la entonces demoníaca Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas pudiera representar a la parte geográfica de Europa que los estadounidenses controlaban.

En Estados Unidos, los dos partidos políticos mayoritarios siempre se disputan la presidencia. Lo que ellos nunca se disputan es la agresiva y hegemónica política exterior de la Casa Blanca. Esto queda demostrado con la política exterior estadounidense después de que el bloque soviético se desmoronó. El 26 de diciembre de 1991, el bloque soviético se había desmantelado en su mayoría y de forma oficial. Los pocos remanentes de ese imperio, que también habían tenido su época de oro,

lograron mantenerse bajo una nueva forma: la Federación de Rusia. El Pacto de Varsovia, la alianza militar que los soviéticos habían creado para contrarrestar las amenazas de la OTAN, desapareció automáticamente, pero no así la OTAN, como se ha señalado ya.

Si en verdad la OTAN fue creada con el único propósito de contrarrestar la amenaza militar soviética, el desmoronamiento militar y político del bloque tendría que haber bastado para que la OTAN fuera dismantelada. Por el contrario, Estados Unidos decidió no solo mantenerla, sino aumentar el número de sus miembros. Es ahí donde George H. W. Bush, como presidente estadounidense, entra

en ese peligroso ajedrez geopolítico. Para Bush, la desintegración del bloque soviético implicaba que Moscú ya no exportaría más comunismo al autoagenciado “patio trasero” de Washington, es decir, a América Latina, en particular hacia El Salvador. Por lo tanto, ahora era el momento apropiado para permitir una solución negociada a las belicosidades internas de El Salvador, sin que ello implicara una erosión seria a la influencia que Estados Unidos siempre ha tenido en ese país. Al mismo tiempo, Bush podría ahora concentrar sus esfuerzos de política exterior en Europa y promover más expansionismo estadounidense en ese continente.

Tabla 1. Países exmiembros del bloque socialista, hoy miembros de la OTAN

Albania	Lituania
Bulgaria	Montenegro
Croacia	Polonia
Republica Checa	Rumania
Estonia	Eslovaquia
Hungría	Eslovenia
Letonia	Alemania (ex-Este)

Tomado de OTAN. Sitio oficial: https://www.nato.int/cps/ic/natohq/nato_countries.htm.

Actualmente, la OTAN se compone de 29 países miembros. La mitad de esos países fueron miembros del desaparecido Pacto de Varsovia. Desde que esos países “excomunistas” fueron incorporados a la OTAN, ahora, ante los ojos de Washington, ya no fueron considerados como exportadores de comunismo, terrorismo o subversión. Sin embargo, ahora exportaban tropas para crear y prolongar guerras en continentes fuera de Europa, el único continente donde se suponía que la OTAN actuaría. La realidad es que la OTAN había sido convertida deliberadamente en un cuerpo policial internacional al servicio de los intereses geopolíticos y estratégicos de la Casa Blanca. En un documento, hoy desclasificado y fechado 9 de febrero de 1990, queda constancia de que James Baker (secretario de Estado en la administración de George H. W. Bush) le

prometió a Mijaíl Gorbachov (entonces líder del bloque soviético) que “la OTAN no sería expandida ni una sola pulgada de su actual jurisdicción” (National Security Archives, 9 de febrero de 1990).

En las relaciones internacionales, no hay un gobierno mundial que pueda imponer su voluntad de forma legal. En un ring de boxeo, si uno de los contrincantes cae al suelo, el árbitro detiene la pelea y no permite que el otro continúe golpeando al que ha caído. En las relaciones internacionales, cuando alguien ha caído en desventaja, ese es el mejor momento para impedir que el caído se levante. Bush no estaba dispuesto a permitir que el derrumbado bloque soviético se levantara para continuar la pelea. Como buen imperialista, su política exterior siempre apuntó a promover división en Europa para

conquistar más áreas de influencia. Para tal efecto, durante su administración, Estados Unidos logró incorporar a la OTAN países que antes habían sido miembros del bloque soviético (ver tabla 1). Eso nunca fue una mera coincidencia, sino una intención en el ajedrez de las relaciones internacionales. En este juego, cada parte se presenta a sí misma como el verdadero pacifista, aunque en realidad ese "pacifista" sea quien enciende el fuego. En la opinión de Bush, el colapso del bloque soviético le sugería que valía la pena aprobar una solución negociada a las belicosidades internas en El Salvador. Los soviéticos ya no le causarían más problemas en su patio trasero, ya que ahora tendrían que concentrarse en su reconstrucción.

Conclusión

Negar que, sin la aprobación de George H. W. Bush, el conflicto bélico en El Salvador se habría prolongado sería como negar que en invierno hace frío. Bush fue vicepresidente de Estados Unidos durante ocho años y fue presidente durante cuatro más. Él sabía a la perfección que la efervescencia beligerante en El Salvador no se debía al comunismo, sino a las obsoletas estructuras de poder. El difunto presidente J. F. Kennedy, que también lo había reconocido, implementó su fallida Alianza para el Progreso. Les ofreció peces a los hambrientos, en vez de enseñarles a pescar. Murat W. William (1980) y Robert White (1982), ambos exembajadores estadounidenses en El Salvador, habían advertido a sus respectivas administraciones que el descontento social en ese paísito centroamericano radicaba en que pocos tenían mucho y muchos tenían poco. También habían advertido que el pueblo salvadoreño votaba, pero no elegía. Era la FAES la que se autoelegía. Por lo tanto, no era el comunismo el que había creado esa situación desesperante. A pesar de esas macroscópicas evidencias autoincriminatorias, consecutivas administraciones estadounidenses prefirieron continuar, deliberadamente, escudándose en la tradicional y diabólica amenaza comunista para

justificar la continuación de su política exterior de hegemonía a cualquier costo.

La fallida "ofensiva general" que el FMLN lanzó el 10 de enero de 1981 no fue interpretada por el régimen como un síntoma de la bomba de tiempo en la que civiles, militares y combatientes del FMLN estaban inmersos, sino como una derrota temprana del comunismo. Experiencia no es lo que le sucede al ser humano; experiencia es lo que ese ser humano aprende de lo que le sucedió. Si no aprendió, entonces no se puede hablar de experiencia. El FMLN aprendió de sus errores y no solo resistió, sino que se consolidó y creció política y militarmente. Ese proceso de aprendizaje le permitió al FMLN lanzar su segunda y más grande ofensiva militar, en noviembre de 1989. Su objetivo principal era la derrota militar de su enemigo, con la esperanza de una insurrección popular —al estilo de Nicaragua—, pero lamentablemente no se dio.

Pero, como mínimo, el FMLN esperaba lograr una presión doméstica e internacionalmente verosímil para empezar una negociación creíble. Sin embargo, lo que fue insostenible fue el hecho de que el FMLN trató de hacer creer que esa ofensiva militar era una respuesta casi inmediata al asesinato de Febe Elizabeth Velásquez, una líder sindicalista. Lo más importante es que Bush logró entender lo que sus subordinados en El Salvador no querían entender deliberadamente. Después de 12 años de abiertas hostilidades militares, ningún bando se había agenciado la victoria definitiva sobre el otro. Entonces, ¿para qué seguir vertiendo más millonadas en un ejército inepto, corrupto y criminal de guerra en El Salvador, tal como le había sucedido a Estados Unidos con el ejército de Vietnam del Sur? En Vietnam, los estadounidenses sufrieron una derrota mundialmente humillante.

A eso hay que agregarle el hecho de que Bush sabía que la naturaleza criminal de la FAES no había cambiado, aunque su jefe

(Ronald Reagan) se había empeñado en hacerles creer al Congreso de su país y al mundo entero que las violaciones a los derechos humanos en El Salvador eran prácticamente una especie en extinción. El asesinato de los jesuitas, de una de sus empleadas y de su hija a manos de esa FAES que Bush apoyaba lo dejó sin argumentos convincentes para seguir justificando más ayuda militar al binomio GOES-FAES. Las inocentes víctimas mortales de la UCA, sin habérselo propuesto, sirvieron para que los señores de la guerra en la Casa Blanca empezaran a entrar en la razón de la razón y no en la razón de la fuerza. Bush lo sabía, pero más importante fue el hecho de que él ya no estaba interesado en esas "guerras de baja intensidad" (donde las cantidades planeadas de muertos, literalmente hablando, se reducen, no así la vida de seres humanos inocentes, sino que a meros números de víctimas que tienen que perecer).

Para Bush, la contundente derrota electoral del FSLN en Nicaragua le agregaba más optimismo a su política exterior de derrotar a los comunistas en El Salvador por la vía militar. En su óptica, la derrota electoral que sufrió el FSLN significaría una derrota militar del FMLN. De acuerdo con esa lógica, los "comunistas" salvadoreños ya no recibirían más armamento militar desde Nicaragua. Pero esa lógica minimizaba la cantidad de armas y municiones que le capturaban a la FAES en cada combate. Para consumo interno, Bush consideraba que era el momento propicio para darle luz verde a una verdadera negociación sin que la hegemonía de su país sobre esa región se viera seriamente afectada. Bush sabía que, con o sin la ayuda del FSLN, las beligerancias continuarían en El Salvador. Lo irónico era que, entre más supuestos "terroristas" (es decir, civiles) mataba la FAES, más contundentes ataques recibía de parte del FMLN. Si en verdad hubieran sido

insurgentes, el FMLN nunca habría tenido la capacidad de negociar desde una posición de fuerza militar, tal como quedó demostrado.

En las relaciones internacionales, cada Estado actor tiene el inalienable derecho de darle prioridad a lo que considere prioridad. Las leyes internacionales existen —y seguirán existiendo—, pero solo para ser aplicadas a los Estados débiles. A Bush le cayó como anillo al dedo el colapso del bloque soviético. Bush estaba mucho más interesado en los restos de ese imperio. Ahora que el archienemigo de Estados Unidos había "colapsado teóricamente", no había que dejar que se levantara por ningún motivo. Los estadounidenses les habían prometido a los rusos (los verdaderos jefes de ese bloque) no extender la membresía de la OTAN. Fue una de las condiciones que la cabeza del moribundo bloque demandó y que Washington le prometió. Pero, para controlar al tiburón, primero había que quitarle las sardinas. Bush empezó por aceptar en la OTAN a exmiembros del extinto bloque soviético. Para Bush, la guerra civil en El Salvador en verdad no había pasado de ser una guerrita de "baja intensidad" en la que más de 75,000 vidas inocentes habían perecido. Bush estaba mucho más interesado en una Europa con menos influencia soviética. Ahora era el momento propicio para negociar una salida pacífica en El Salvador sin que la hegemonía estadounidense se viera seriamente afectada. La ofensiva guerrillera de noviembre de 1989, el asesinato de los jesuitas ese mismo año, la derrota electoral de FSLN y el colapso del bloque soviético dieron a Bush en bandeja de plata la oportunidad de aceptar una solución negociada en cuanto a las hostilidades militares internas en El Salvador, aunque ello no terminó con las causas principales que generaron ese conflicto.

Referencias bibliográficas

- Agrawal, N. (21 de diciembre de 2016). The U.S. is no stranger to interfering in the election of other countries. *Los Angeles Times*. Recuperado de <http://www.latimes.com/nation/la-na-us-intervention-foreign-elections-20161213-story.html>.
- Álvarez, A. M. (2010). *From Revolutionary War to Democratic Revolution: The Farabundo Martí National Liberation Front (FMLN) in El Salvador*. Berlín: Berghof Conflict Research Centre.
- Associated Press (1 de noviembre de 1989). Bomb Kills 10, Hurts 29 at Salvador Union Hall. *Los Angeles Times*. Recuperado de http://articles.latimes.com/1989-11-01/news/mn-96_1_union-hall.
- Ayala, B. (2017). *En el silencio de la batalla. Una historia de la guerra civil salvadoreña*. San Salvador: Expedición Americana.
- Bastienier, M. A. (11 de marzo de 1990). Violeta Chamorro: "Aquí mando yo". *El País*. Recuperado de https://elpais.com/diario/1990/03/11/internacional/637110005_850215.html.
- Benz, O. (1982). *Americas in Transition*. Documental.
- Benítez Manaut, R. (1989). *La teoría militar y la guerra civil en El Salvador*. San Salvador: UCA Editores.
- Bonner, R. (15 de abril de 2016). Time for a US Apology to El Salvador. *The Nation*. Recuperado de <https://www.thenation.com/article/time-for-a-us-apology-to-el-salvador/>.
- Castro Morán, M. (1983). *Función política del ejército salvadoreño en el presente siglo*. San Salvador: UCA Editores.
- Cates, D. A. (2 de mayo de 2004). Granada, Nicaragua: Its Fall and Rise. *The New York Times*. Recuperado de <http://www.nytimes.com/2004/05/02/magazine/granada-nicaragua-its-fall-and-rise.html?mcubz=1>.
- Cockcroft, J. D. (2001). *América Latina y los Estados Unidos: historia y política, país por país*. México: Siglo XXI.
- Comisión Interamericana de Derechos Humanos (22 de diciembre de 1999). Informe N.º 136/99, Caso 10.488.
- Corado Figueroa, H. (2008). *En defensa de la patria. Historia del conflicto armado en El Salvador 1980-1992*. San Salvador: UTEC.
- El País* (17 de noviembre de 2006). La matanza de seis jesuitas en El Salvador en 1989, de nuevo ante la justicia internacional. Recuperado de https://elpais.com/internacional/2006/11/17/actualidad/1163718004_850215.html.
- Galeas, M. (2008). *Crónicas de guerra*. El Salvador: Editorial Cinco.
- Gruson, L. (1 de noviembre de 1989). Bombing at Salvadoran Leftists' Office Kills Eight. *The New York Times*. Recuperado de <https://www.nytimes.com/1989/11/01/world/bombing-at-salvadoran-leftists-office-kills-eight.html>.
- Gruson, L. (3 de noviembre de 1989). Salvador Rebels Quit Peace Talks. *The New York Times*. Recuperado de <https://www.nytimes.com/1989/11/03/world/salvador-rebels-quit-peace-talks.html>.
- Kinzer, S. (4 de octubre de 1987). The Chamorros: Nicaragua's Remarkable Press Family. *The New York Times*. Recuperado de <http://www.nytimes.com/1987/10/04/weekinreview/the-chamorros-nicaragua-s-remarkable-press-family.html?mcubz=1>.

- Kramer, M. (2009). *El Salvador. Unicornio de la memoria*. San Salvador: Museo de la Palabra y la Imagen.
- La Prensa (Nicaragua). (2 de octubre de 2006). Historia del Frente Sandinista de Liberación Nacional (FSLN). Recuperado de <http://www.laprensa.com.ni/2006/10/02/politica/1673801-historia-del-frente-sandinista-de-liberacion-nacional-fsln-3>.
- Lauter, D. (9 de noviembre de 1989). Nicaragua's Opposition Candidate at White House: Elections: Bush assures Violeta Chamorro of Washington's support for democratic government. *Los Angeles Times*. Recuperado de http://articles.latimes.com/1989-11-09/news/mn-1440_1_white-house.
- Le Lous, F. (19 de febrero de 2017). La noche que mataron a Sandino. *La Prensa* (Nicaragua). Recuperado de <https://www.laprensa.com.ni/2017/02/19/suplemento/la-prensa-domingo/2184880-la-noche-que-mataron-a-sandino>.
- LeoGrande, W. M. (1998). *Our Own Backyard: The United States in Central America, 1977-1992*. Chapel Hill: University of North Carolina Press.
- Marroquín, L. (28 de febrero de 2018). El "Chato" Vargas y los soldados de Dios. *El Diario de Hoy*. Recuperado de <http://www.eldiariodehoy.com/politica/partidos-politicos/73840/el-chato-vargas-y-los-soldados-de-dios/>.
- Mearsheimer, J. J. (2014). *The Tragedy of Great Power Politics*. Nueva York: W. W. Norton & Company Inc.
- Mena Sandoval, F. E. (1990). *Del ejército nacional al ejército guerrillero*. San Salvador: Ediciones Arcoíris.
- Méndez, M. (1978). Medio siglo de dictadura en Nicaragua. *Nueva Sociedad*, 35, pp. 84-89. Recuperado de http://nuso.org/media/articles/downloads/415_1.pdf.
- Muysshondt, G. (2014). *El Salvador. Archivos perdidos del conflicto*. Documental, vol. 1.
- National Security Archives (9 de febrero de 1990). *Record of conversation between Mikhail Gorbachev and James Baker*. Recuperado de <https://nsarchive2.gwu.edu/dc.html?doc=4325680-Documents-06-Record-of-conversation-between>.
- Office of the Independent Counsel (21 de marzo de 1991). *Criminal Liability of President Bush*. Memorandum de C. J. Mixter al juez Walsh. Recuperado de <https://nsarchive2.gwu.edu/NSAEBB/NSAEBB365/Bush%20-%20Criminal%20liability.pdf>.
- OTAN. Sitio oficial. Recuperado de https://www.nato.int/cps/ic/natohq/nato_countries.htm.
- Roberts, S. (1 de agosto de 2017). Lawrence Pezzullo, Broker of Somoza's Abdication in Nicaragua, Dies at 91. *The New York Times*. Recuperado de <https://www.nytimes.com/2017/08/01/world/americas/lawrence-pezzullo-dead-ex-ambassador-in-nicaragua.html>.
- Romero, R. (2014). ¿Escuela de las Américas o Escuela de Violadores de Derechos Humanos? *Estudios Centroamericanos* (ECA), 69(739).
- Simons, G. (1998). *Vietnam Syndrome. Impact on USA Foreign Policy*. Londres: Palgrave MacMillan.
- The American Presidency Project (26 de febrero de 1990). *Statement on the Election of Violeta Chamorro as President of Nicaragua*. Recuperado de <http://www.presidency.ucsb.edu/ws/index.php?pid=18191>.

The New York Times (27 de febrero de 1990). Turnover in Nicaragua; Nicaragua Decade: War, Ruin and Turnabout. Recuperado de <https://www.nytimes.com/1990/02/27/world/turnover-in-nicaragua-nicaraguan-decade-war-ruin-and-turnabout.html>.

The White House (31 de julio de 1992). *Memorandum of Telephone Conversation*. Violeta Chamorro, President of Nicaragua & President George Bush. Recuperado de <https://bush41library.tamu.edu/files/memcons-telcons/1992-07-31—Chamorro.pdf>.

The White House (8 de noviembre de 1989). *Documento desclasificado 9474*.

Recuperado de <https://bush41library.tamu.edu/files/memcons-telcons/1989-11-08—Chamorro.pdf>.

Torres, F. (2007). *Los militares en el poder*. San Salvador: Editorial Delgado.

Trahair, R. C. S. & Miller, R. L. (2012). *Encyclopedia of Cold War Espionage, Spies, and Secret Operations*. Nueva York: Enigma Books.

Zepeda, J. O. (2008). *Perfiles de la guerra en El Salvador*. San Salvador: Imprenta New Graphics.

